

Sinopsis de una obra maestra

Llamil Mena Brito



NO EXISTE MODO DE ABORDAR CRÍTICAMENTE una película que no se ha visto. Y es que la crítica de cine, el análisis cinematográfico, han respondido a lo largo de su existencia al simple y básico precepto moral de atestiguar la obra reseñada. Existe poco espacio para maniobrar un disentimiento al respecto, sin embargo, hay un marco de tolerancia para este espinoso asunto: no dar por cierto nada, no hablar del documento, tan sólo pasear por los alrededores esperando no aventurar ningún tipo de generalización, ni mucho menos un juicio contundente.

Es entonces que decido escribir sobre una película que no he visto y que puedo aventurarme a decir que se trata de una obra de un calibre estético trascendente (si evado la frase obra maestra). Es mi elección hacerlo porque estoy convencido que esta reflexión —hablo de la no presencial— puede argumentarse desde el fenómeno surgido por la publicidad y la hiperdifusión informativa. Y más allá de las condiciones en que se inscribe, creo firmemente que la carrera emprendida por el director de esta película hace ya casi cuarenta años es, en su conjunto, una obra contundente y siempre reacia a ser abordada desde los modos convencionales de la crítica de cine.

Alejado de la intuición, del análisis contextual e incluso de los testimonios ya existentes sobre el filme, respondo a un impulso que revelo producto de mi familiaridad con el director. Pero, sobre todo, concedido por



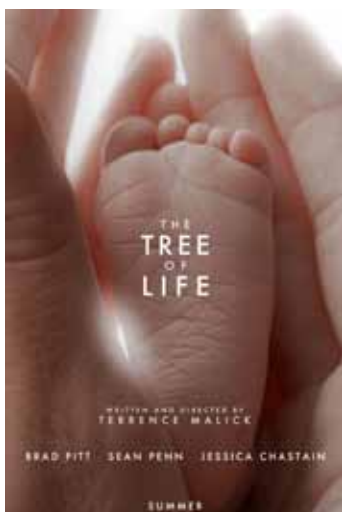
uno de los más eficientes artificios de la mercadotecnia cinematográfica: el avance o *trailer*. Aquí, por demás consciente de los elementos puestos en juego por un subproducto cinematográfico que busca, en esencia, sintetizar y crear una idea atractiva para un público incierto, el avance funciona para atisbar algo que para los ya familiarizados con la obra del director es firma de su trabajo, y para los que no, una hermosa ventana a un cine difícilmente asequible en la cartelera de estos días.

Esto es contexto.

The Tree of Life no es una película más, ni siquiera es el nuevo proyecto de un director excepcional como Terrence Malick. Es un filme inscrito en la industria del cine norteamericano, sin duda alejado de las superproducciones pero no tan cercano al llamado cine independiente. Es una película especial porque marca la consolidación histórica de su director (recibió la Palma de Oro de 2011) y aparenta ser flexible a la cartelera (pues cuenta entre su elenco con Brad Pitt); sin embargo, Malick es de una raza especial. Constantemente comparado con Stanley Kubrick, puede encontrarse en ambos autores una falta de disposición por figurar públicamente, pero también una coincidencia en la manufactura casi artesanal de sus proyectos, que les toman lustros e incluso décadas entre uno y otro.

Si bien la lejanía con la industria cinematográfica es fácilmente perceptible, la empatía con la misma puede notarse en el invariable uso de múltiples actores de renombre y en la forma de abordar temas profundamente americanos (la hombría, la guerra, la paternidad, la guerra, la historia y la redención) con una sutileza casi poética, cosa que lo distancia de la narrativa convencional de su país, pero que no lo aleja del cariño de sus intérpretes y críticos angloamericanos.





The Tree of Life,
dir. de Terrence Malick
Hungria, 2011, 139 minutos

El poder de esta película aún no estrenada en nuestro país es contundente sin conocer siquiera el desarrollo de la historia, por tratarse de un ejercicio más de contemplación, asimilado al menos en los escasos minutos que nos concede su avance. Cuando un director como Malick pone en juego la belleza de una fotografía sublime,¹ los adustos rostros de leyendas de Hollywood y una historia empapada por episodios metafísicos, es fácil ubicar por simple referencia indicativa a esta película como algo distinto pero a la vez parte de un mismo conjunto. Con la experiencia de observar y entrar de lleno en el transcurso de un tiempo; con la contención y el desbordamiento que sólo se obtienen con una cadencia extendida y repleta de hermosos recursos visuales y temáticos, puede hacernos entender un paraje distinto, tanto por la obra misma como por la forma en que nos relacionamos con ella. Porque también esto es cine, una capitulación ante la gramática cinematográfica, una apuesta defensiva por el espectador. Fundamentalmente hablo de un cine

¹ Aquí tomo prestadas las palabras de Néstor Almendros que describen de mejor manera lo que intento explicar: "Operando con la propia luz natural o recreándola, pero con cuidado, sin hacer trampas, intentando reproducir verdaderamente esta luz, reencontrar aquel instante, ese estado en el cual era perfecta".

distinto: otra forma de establecer una relación con el espectador, quien de forma paralela también exige una correspondencia distinta con el aparato de la industria cinematográfica. La contemplación es un fenómeno casi extinto de las salas de cine ante la hiperactividad de un cine veloz, lúdico, vacío. Posiblemente ya una actividad bastante romántica pero esencialmente estética, digna de apresurada mención.

Y llegará el momento de ver *The Tree of Life* y constatar, depurar o contrastar expectativas, generar una opinión, explicarla y sustentar una crítica. Por el momento, y con tranquilidad, puedo decir que ese acto me es indistinto; es un ejercicio diferente. Prefiero hoy hablar de mi necesidad de revelarme frente a una obra incierta, pero para nada desconocida. Hablar de una película que desconozco y no fiarme de la trayectoria de un director prácticamente invicto, confiar en los halos de luz compendiados en un momento y prácticamente sentirme postrado en mi butaca completando el resto de ellos. Reconocer las caras y entablar, en sus contados diálogos, las profundas, aunque no tediosas, conversaciones filosóficas que se avecinan. Recuperar esta familiaridad que Malick propone, literalmente, historias de familia, movimientos de cámara que semejan el sueño de cualquier padre al querer capturar los momentos más simbólicos de una vida. Y pensar en lo que dos monstruos de la luz como Terrence Malick y Emmanuel Lubezki pueden lograr.

Esto es expectativa.

A la pregunta que el sargento Welsh le hace al soldado Witt en *La delgada línea roja* sobre si éste sigue creyendo en *la luz bella*, Terrence Malick siempre respondería un "sin duda": la luz en toda su extensión semántica. Entonces el estoico sargento Welsh (otro Sean Penn) contestaría nuevamente y sin chistar "para mí, eres un mago". Vaya que yo también lo creo. Pero, por hoy, dejemos de hablar de algo que no existe. ▀